This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Biblioteca de «ESPAÑA Y AMERICA».

788g
B152
e

LA EMPERATRIZ DEL MUNDO"

ESTUDIO

SOBRE

DULCINEA DEL TOBOSO

POR

Aurelio Báig Baños

UC-NRLF
$B 77 158

MADRID
IMP. DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS
Juan Bravo, 5 — *Teléfono 2.198.*
1916

GIFT OF
J.C.CEBRIAN

785q
B152
e

"LA EMPERATRIZ DEL MUNDO"

ESTUDIO SOBRE DULCINEA DEL TOBOSO

Biblioteca de «ESPAÑA Y AMERICA».

"LA EMPERATRIZ DEL MUNDO"

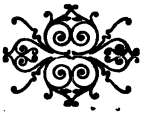
ESTUDIO

SOBRE

DULCINEA DEL TOBOSO

POR

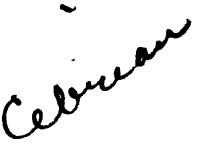
Aurelio Báig Baños.



UNIV. OF CALIFORNIA

MADRID
IMP. DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS
Juan Bravo, 5.—*Teléfono 2.198.*
1916

Es propiedad del autor, el cual se reserva el derecho de traducción.—Queda hecho el depósito que marca la ley.



UNIV. OF
CALIFORNIA

I

Emoción y sublimidad.—Los laureles de Cervantes.—Reminiscencias caballerescas.—Labradora de buen parecer.—Más de loco que de cuerdo.—Magia del amor.—Amadís de Gaula revive.—Galantería e invocación.—Boca perfumada.—Espíritu caballeresco.—Retrato de Dulcinea.—Dechado de idealidad.

Antecedentes.

Quisiera, lector, desde este momento en que me dispongo a coordinar ideas, causarte ya con el rasgueo de mi «mal tajada péñola» un algo así como el delicado y blando son de un arpa querúbea pulsada por manos angélicas: tan profunda es mi emoción y tan sublime el tema cervantino de que a disertar voy.

Temeraria empresa la de mi osadía; gigantesco esfuerzo el de llegar a la cúspide del idealismo. En realidad mi pretensión se reduce a «tejer y destejer» de la corona de laureles de Cervantes los que nunca jamás se han de ver marchitos.

Ni aun mis manos pecadoras los *amarillearán;* porque la carencia de ingenio y la torpeza de expresión, por mi parte, no podrán secar su elocuencia universal de simbólicos atributos, ni apagar los fúlgidos destellos de la creación maravillosa.

Tal es Dulcinea del Toboso, mitad símbolo viviente y mitad encarnación genial. Don Quijote de la Mancha bautizándola con un nombre «alto, sonoro y significativo», asimilándose como dijeron Menéndez Pelayo y Rodríguez Marín el del pastor *Dulcineo* y el de la pastora *Dulcina* de «Los diez libros de la Fortuna de amor», de Lofraso, conquistó sin empuñar el enmohecido lanzón fama imperecedera para sí y para su dama.

Nadie tacha a Cervantes de que se acoja en esta como en otras ocasiones a sus reminiscencias caballerescas: repetidas veces manejó la pluma como Velázquez su pincel, pero en esta

348702

feliz circunstancia despojó al Greco del fondo sombrío de su espíritu, mientras que bañaba de luz las pupilas de un sempiterno y viejo lector.

Si yo enumerara todo lo que sobre Dulcinea se ha escrito desde que apareció «El Ingenioso Hidalgo», revelaría un tantico de erudición de baratillo, mas no le haría trabar al curioso lector conocimiento detallado con la heroína de nuestra literatura.

Con el fin de dar logro a este propósito infiltrado de novedad, pasito a paso, como quien cabalgara en el propio Rocinante, voy a darme un paseo recreativo por las páginas inmortales y... por el mundo increado de la fantasía.

En el capítulo primero de la primera parte de la novela sin par, el autor nos dice que Dulcinea «es una moza labradora de muy buen parecer, de quien Alonso Quijada un tiempo anduvo enamorado», sin estar percatada de ello.

Antes, el caballeresco Don Quijote se la representa digna de compartir sus triunfos y alegrías, para cuyo efecto a todo un gigante a quien proyecta vencer le ordenará que ante *su grandeza* se humille.

De modo que estos amores retoñados a los cincuenta años, en la edad en que la reflexión aconseja menos entusiasmos y la voluntad menos se deja subyugar del ritmo enloquecedor de los ideales, trazan la silueta de una gran señora que la pluma de oro cervantina, con maliciosa añoranza, trastrueca en una figura de menos visualidad, más propincua a nuestra retina.

Esta figura real debe ser estudiada con cierto detenimiento. Don Alonso no era rico, aunque sí «un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor»; Dulcinea ya sabemos quién fué. Prescindamos de la intención recóndita de Cervantes, que en modo alguno ha de borrar de nuestra mente la alada poesía de la ternura. Dulcinea debe de ser, será, digna de aquellos amores platónicos.

¿Concibes, lector, una Dulcinea zafia, torpe y grosera?

Cuando Alonso Quijano mudamente le entregó su corazón, amándola en silencio, con anterioridad a su monomanía caballeresca, no había de verse obligado a ello por las diferencias de clase. D.ª Catalina de Salazar, mujer de Cervantes, más tenía de labradora que de señoril, a pesar de su empaque, y se casó con Miguel, que era más pobre que Don Quijote.

Bien pudiera ocurrir que Aldonza Lorenzo, siendo acreedora de su afecto, fuera una de las principales labradoras del Toboso, y la dignidad del hidalgo manchego tuviera a raya el ímpetu de su pasión hasta el punto de ser ignorada; bien que por cortedad u otra causa parecida demorase declararle los más íntimos pensamientos, y transcurrieran los días, los meses y los años sin decidirse a ello.

La lectura de los libros caballerescos y aquel platonismo exaltado, le inducen al noble hidalgo a seguir la estrecha senda de la caballería andante, murmurando frases de tristeza por la dama de sus ensueños, a la cual inculpa de fantásticos agravios.

A partir de este lugar ya podemos colegir que Don Quijote, el enamorado ideal, más tiene de loco que de cuerdo con sus monomanías; pero le observamos rendido al imperio y a la esclavitud erótica.

Tanto es así, que, cuando en la primera venta que encuentra y donde llega a armarse de caballero, más que en la fuerza de su brazo espera encontrar auxilio poderoso en la invocación a su amada. Mal y terriblemente lo pasa el arriero que pretende apartar las armas de Don Quijote.

Caricaturesco será el personaje; incitará a la risa cuanto le ocurra; los contrastes grotescos irán señalando la ruta del armado manchego; mas ¿quién ignora que éste alejándose de la realidad, no columbraba en lontananza alcázares de perlas, fuentes de oro, vergeles de esmeraldas, ríos de plata, cumbres de granates, estrellas de diamantes, lunas de zafiros y soles de rubíes?

A ese fantástico paraje, la Quimera, con el índice extendido, le ordena marchar, y si se le interponen los mercaderes toledanos con voz de trueno prorrumpe:

—«Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.»

Yo soy el primero en convenir que no hay, ni habrá nada más hermoso que el amor con su varita mágica convirtiendo la choza en alcázar, el peñasco en fuente, el erial en verjel, la charca en río, el barranco en cumbre, los ojos en estrellas, las manos en lunas y los semblantes en auroras.

En ocasiones una azucena seca o marchita, para todo aquel

que vive preso *con cadenas de flores*, vale más que el tesoro de un Nabab. Así debe de ser: el pensamiento tiende su vuelo y la fantasía con sus polícromas alas oculta las imperfecciones y lo deleznable de las cosas.

Y todo el que se burle de Don Quijote como el mercader toledano o le vapulee como el mozo de mulas, ¡qué de tinieblas hallará en su espíritu!

Las tinieblas del error y los desvaríos de la razón, pasado el percance de confundir a los molinos de viento con terribles gigantes, no impiden el que Don Quijote, aquella misma noche, pasada entre árboles, pensando en su adorado tormento, inunde de luz espiritual el santo recuerdo de quien el sueño le roba.

Ni quiso sustentarse, cuando la luz del alba fué prestando encanto a la arboleda del paisaje y tonalidad al vistoso plumaje de las avecillas cantarinas, más que con el fulgor de fulgores, con el irradiante emblema madrigalesco.

En el héroe armado de todas armas revive, como dijo con gran acierto Menéndez Pelayo, Amadís de Gaula, el prototipo del perfecto amador, despojado de todo lo convencional de los libros de caballerías.

Vedle cuando ofrece galantemente sus servicios a la dama del coche, custodiado por aquel intrépido vizcaíno que osa desafiarle, cómo el hidalgo manchego se declara «cautivo de de la sin par y hermosa doña Dulcinea del Toboso». Parece ser que este nombre, purificador de bajas pasiones, deshoja todas las flores de la sensibilidad para esparcir a los cuatro vientos la fragancia más exquisita del rendimiento.

Vedle cómo invoca, y no ciertamente por temor, al bien amado: «¡Oh, señora de mi alma, flor de la fermosura, socorred a este vuestro caballero!...» Embriagado de idealidad, el delicado perfume del rosal de los amores se exhala por su boca y como flor y fragancia considera a la hechicera que lo cultiva.

Vedle, triunfante del vizcaíno, cómo su placer consiste en que éste vaya a postrarse de hinojos ante el «imán de su corazón», según calificó Rodríguez Marín a Dulcinea, para que ésta disponga de aquél a su talante. Se muestra generoso con el vencido, pero pretende que éste bendiga la bondad de la mujer amada, que es el aroma con que ésta perfuma siempre su boca.

Prueba inequívoca del espíritu caballeresco de la época de Don Quijote y del romanticismo imperante en los enamorados, es la forma tan vehemente y apasionada con que el amor, enguirnaldado de mirtos y florecillas silvestres por Miguel de Cervantes, habla por boca de los personajes pastoriles, cuyas frases desbordan idilios y madrigales, aunque alguno de los últimos, como el de Crisóstomo, se trunque trágicamente.

No ha de sorprender, por tanto, que el amante ideal de Aldonza Lorenzo describa a ésta de manera tan hiperbólica, asegurando «que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve...»

Los imposibles, ante el espejo encantado de la ilusión, aparecen como hechos reales que cobran formas cada vez más fantásticas y cada vez más deslumbrantes.

Dulcinea del Toboso era una figura incorpórea, intangible, naturalmente, pues nunca Don Quijote de la Mancha la vería tal como se la representaba de poética manera; Dulcinea del Toboso era una emperatriz sin corona real, sin manto de púrpura, sin dosel regio, sin trono de oro y sin escaño de plata, aunque el socarrón de Sancho Panza, conocedor del Toboso, fingiera más de cuatro veces creer a pies juntillas que cuanto su amo decía respecto a tan ilustre prosapia fuera verdad; Dulcinea, en fin, era lo que nadie podrá descifrar bien, y para cuya interpretación he de atenerme, más que a las páginas inmortales de la obra de Cervantes, al propio estado de idealismo en que, cuando nos corresponde el turno, nos aproximamos con la miel en los labios, con la alegría en los ojos, con el entusiasmo en nuestra mente, a la que el destino ha colocado en el vergel de nuestros ensueños para endulzamiento de nuestros afanes en esta vida.

Pero prosigamos viéndola al través de las distintas andanzas de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Siempre la veremos como el dechado de la idealidad, como el prototipo de la mujer idolatrada con frenesí.

II

De peldaño en peldaño.—Culto fervoroso.—Estado de ánimo pasajero.—Indignación caballeresca.—Hervidero de sublimidades.—Tiernos calificativos.—Dos Dulcineas.—Dualidad de caracteres.—Opinión de los mejores cervantistas.—Defectos y personas.—Medio ambiente.—Libros-biblias.—¡Carne y luz!—¿Verdugo del ideal?—¿Decadencia?—Caminando entre tinieblas.—Sancho Panza y su amo.—Personificación del ideal humano.

Cuerpo y alma.

Cervantes, a mi juicio, no se propuso alcanzar el alto vuelo de la fantasía para despeñarse sobre la realidad de las cosas: propúsose, por el contrario, bien asentado sobre la vida consuetudinaria, catequizar a todo lo imaginario con la musa regocijante de sus donaires.

En vez de sufrir una caída que torturase su manera de pensar, con gran primor fué modelando en barro la fragilidad con la consistencia férrea de lo noble y altruísta, y, terminada su labor benedictina, de peldaño en peldaño, fué ascendiendo por la escala de la demencia hasta encumbrar a una de las principales figuras, a Dulcinea del Toboso, en la emanación de todos los rayos solares de la creación inmortal.

Cervantes, en ocasiones, puso especial empeño en que Alonso Quijada fuese susceptible de considerarse apasionado de Dulcinea y requerido de amores por otras doncellas, hijas de reyes o señores principales. En la venta que supuso castillo, llegó hasta la cima de lo heroico, para mantenerse fiel a la tobosesca imagen.

Muy en barro fué modelada Maritornes, y nada presente tuvo el «Caballero de la Triste Figura» a la heroína manchega en la noche de la zalagarda ventorril; con todo y con eso el trovador de lira más armoniosa y subyugante no hubiera cantado mejor, y tan febrilmente, como aquel anciano que, pro-

curándolo, no podía resistir ni oponerse a aquella avalancha de deseos, que trastrocaban la figura real de la desagradable fregona y las cualidades nada envidiables de ésta en un conjunto de perfecciones propias de la leyenda.

Mas todo esto no pasó de ser más que una ráfaga de locura, muy explicable en quien de ordinario ya las tenía.

El hidalgo manchego prosigue con su fervoroso culto hacia su incomparable señora del alma, y tanto en la aventura de los batanes como comparando a la robada Elena con su Dulcinea, vuelca sobre ésta una gran parte de los elogios que en su carroza triunfal oculta la fama.

La vanidad vuelve a seducirle llenando su fantasía de sueños de gloria: por sus «grandes fechos» se ve marido de la hija de un rey, a quien más tarde reemplazará en el trono. Al embobar a Sancho Panza con la promesa de casarle (¿cómo, estando casado?) con una dama de rancio abolengo, puede achacársele a Don Quijote el deseo de ocultar sus remordimientos con dádivas.

Igualmente pasajero fué dicho estado de ánimo. En la aventura de los galeotes, página de crudo realismo para éstos, idealista para el soñador que los liberta, surge de nuevo, con mayor brío, la arrogante odisea del enamorado hidalgo.

No es grano de anís, ciertamente, arrancar las cadenas de aquellos presidiarios para que sirvan de galardón inestimable a la criatura que reina en su albedrío, fiel vasallo de tanta hermosura.

Más adelante, leyendo la obra genial de Cervantes, presenciamos una escena en que hacen explosión todos los impulsos de la ira caballeresca. Cardenio, loco real, y Alonso Quijada, loco clarividente, llegan a las manos: han montado en cólera: aquél ultrajando la memoria de la reina Madásima; éste desagraviándola incontinenti.

En verdad que nuestro caballero no transige, como era de suponer, que, ante su presencia, el código del honor sea pisoteado y escarnecido por la maledicencia. Se agiganta de tal forma el héroe manchego, que ya no titubeamos de que en pos de sí deje impresa la huella luminosa del sacrificio y la abnegación, al escalar el alto cielo de la dicha amada.

No es de extrañar, pues, que de sus labios óiganse frases que revelan de modo extraordinario la exaltación hecha hervidero

de sublimidades. Un *pasional* de nuestros tiempos, enloquecido por el amor, no contestara a Sancho Panza entonces, cuando quiere desviarle del propósito de imitar la amorosa penitencia de Amadís de Gaula, que si bien está loco de amor y lo estará hasta que reciba contestación de la carta que remite a Dulcinea, tornará a su juicio o será loco de veras en caso favorable o adverso a la «fe que se le debe».

Ni es de sorprender, asimismo, que con unción santa de enamorado ensarte unos tras otros estos apóstrofes: «¡Oh Dulcinea del Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura...!»

La impaciencia consume a Sancho Panza, que censura las pruebas tan duras a las que, hasta que regrese, ha de someterse su noble amo.

No suponga el discreto lector, cuando Cervantes incita a Don Quijote a decir que Dulcinea no sabe ni leer ni escribir, que trataba de satirizarla cruelmente, aunque ponga en boca del escudero, un poco más tarde, plebeyas consideraciones y la insinuación de que es casada y de baja estofa.

Cervantes creó dos Dulcineas, en contraposición la una con la otra: la ideal es aquella labradora de que nos habló en un principio; la real es esta que aparece ahora. La primera se ha enseñoreado de nuestro espíritu y es quien mueve la diestra del hidalgo a escribir la epístola, modelo de imprecación amorosa, en que como antefirma puso «Tuyo hasta la muerte». La segunda es la que motiva, cuando Sancho conoce su nombre verdadero, chanzonetas y burlas.

Aunque esta dualidad de caracteres no desaparece en toda la obra, predomina la Dulcinea ideal.

Sin embargo, Cervantes, con motivo de las «locuras y sandeces» que propone realizar el obcecado amante, retrata a Dulcinea de manera duplicada, pues el buen escudero del hidalgo la pone de oro y azul, sin perjuicio de subsanarlo después moderando el lenguaje sanchopancesco, enfervorizando el acatamiento del humilde servidor, afiligranando las recriminaciones del caballero y dulcificando los rasgos más caricaturescos de la princesa manchega.

D. Diego Clemencín, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, don Marcelino Menéndez Pelayo, D. Francisco Rodríguez Marín y algún otro cervantista, observan ciertas alusiones o comen-

tan, como el último señor, palabras de trastrocado elogio a la doncella Dulcinea. Unos y otros coinciden con mi criterio.

He dicho en 1915, en la pág. 212 de *¿Quién fué el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda?* que la erraron los cervantistas impugnadores de que Cervantes encarna defectos o personas en sus creaciones artísticas. Corroboraba el desacierto, agregué yo, el sello de bondad y poesía que el autor del *Coloquio de los perros* imprimió en sus mayores ultrajes burlescos.

Ahora bien: la bondad y la poesía no fueron las musas consejeras de Cervantes en los versos preliminares alusivos a Dulcinea del Toboso: es que el genial escritor antes que nada era hombre, y como tal no pudo desprenderse del medio ambiente que le rodeaba, ni desligarse de las susceptibilidades del amor propio.

Soy de la opinión de Rafael Urbano de que hay «libros-biblias sobre los cuales vuelve constantemente la humanidad», comentándolos de diversos modos, cuya divinidad emana de «que han hecho carne y luz en las mentes inmaculadas de hombres predilectos».

¡Carne y luz! Esta es la explicación y no otra. Los cervantistas extranjeros y los conterráneos no han interpretado bien lo que indudablemente interpretó el falso Avellaneda. El émulo de Cervantes leyó los versos preliminares y las reticencias posteriores acerca de Dulcinea, muchas de las cuales referentes a la primera parte aun tengo que examinar, y se percató de la *carnalidad*, con esoterismo o sin él, de la amada del protagonista de la obra.

Cuando leí y estudié la hermosa conferencia del Sr. Urbano en el Ateneo de Madrid (año 1905), cuyo titulo «¿Es un libro esotérico el *Quijote?*» tanta expectacion produjo, recuerdo que mi espíritu sintió desfallecimientos crueles e inenarrables cuando llegué a convencerme, después de hondas reflexiones, de que la joya de nuestra literatura, el *Quijote*, había sido pulida por la desesperanza «del más sincero y humano de los narradores, pero no el más humanizado de los hombres».

Porque llegué a condenar sin apelación al distinguido conferencista cuando motejó a Cervantes de ser «el mayor verdugo del ideal», concepto de difamación moral que lord Byron

fué el primero en aplicar a Cervantes por haber puesto éste en la picota del ridículo la idea del honor exaltado en los libros de caballerías, y hube de convenir, prescindiendo de cierta exageración en aquel calificativo, que Dulcinea, personaje simbólico y encarnación genial en los momentos espirituales, era en otras ocasiones lo más bajo, torpe y grosero de la escoria humana, si no fuera porque se transparenta en la ironía cervantina el propósito de verter, no las hieles amargas de su experiencia, y sí el néctar emponzoñado de su «desfallecimiento moral».

Ni lo que afecta a Dulcinea, ni nada de lo que se amalgama con la prosa y la poesía de la vida en *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* es prueba tangible de decadencia.

El hijo de Alcalá llevó a la práctica todo cuanto se propuso copiar al través de su temperamento.

Dulcinea debió existir, sea o no aquella Micaela de Luján *(Camila Lucinda)* por quien Lope de Vega se inflamaba de amor; Dulcinea, como persona humana, inspiró al Manco de Lepanto; Dulcinea fué *carnalmente* representada, y el licenciado tordesillesco apagó la luz de su espiritualidad y dejó caminar entre tinieblas el alma enamorada de Don Quijote, substrayendo de él la sátira y el madrigal de sus andanzas.

Hubo, pues, dos Dulcineas para el autor de *La Galatea;* ninguna para el continuador del *Quijote*. La Dulcinea de baja estofa, de innoble ademán, de hombruno aspecto, es parte integrante de las desilusiones del hidalgo Miguel de Cervantes; la Dulcinea irradiante de fulgores, de tal forma que resulta su linda faz un ascua de oro, es el hechizo de las ilusiones renacidas y del temple heroico de su voluntad creadora.

También Sancho Panza y Alonso Quijada son dos caracteres en contraposición, y sin embargo, cuán humano es el que vivan universalmente en todas las conciencias la escoria del uno y la espiritualidad luminosa del otro.

Dulcinea, en este símbolo universal aplicable a las huríes de los séptimos cielos de la felicidad humana, es carne y luz, es prosa y poesía, es realidad y ficción, es pesadumbre y encanto, es tortura y placer.

Si el realismo con que fué escrita Dulcinea nos causa deplorable efecto; si las alusiones que encierra son también mortificantes para el menos idealista; si no concebimos a la mujer

amada en contacto con humildes menesteres ni manchada con actos nada señoriles, hemos de ver en ello, y yo así lo veo, el contraste evidenciado en aquellos otros personajes y reasumido en éste cuando se glorifica su carácter de mujer-diosa.

Y el gran acierto del más universal de nuestros literatos, como decía al principio de este capítulo, era proceder de lo creado a lo increado. A Dulcinea la amasó su temperamento de artista haciéndola de carne, de barro, como Dios hizo al primer hombre, y haciéndola de luz, a imagen y semejanza suya.

Dos Dulcineas, la de carne y la de luz, en una sola, que constituyeron y constituyen la más alta personificación del ideal humano.

III

Conferencia de Barcia sobre Dulcinea.—«La mujer en el *Quijote*.»—«La Divina Comedia» y el «Fausto.»—Arte realidad.—Fidelidad amorosa.—Sancho «bellaco descomulgado».—Deleite de la poesía.—Halagüeña profecía.

LA VIEJUCA DE LOS LAURELES DE ORO DE CERVANTES

El día 9 de mayo de 1905, con motivo del Centenario tercero de la primera parte del Quijote, el Dr. D. Juan Barcia Caballero pronunció sobre Dulcinea del Toboso una hermosa conferencia en la Universidad de Santiago de Galicia. Sin embargo, nos ha dejado con la miel en los labios la semblanza que hizo sobre la «Emperatriz de la Mancha», pues más que semblanza nos parece un bosquejo incompleto «de la locura que padecía su enamorado caballero». Este nuestro estudio a completarlo se encamina.

Hay quien, como D. Segundo Moreno Barcia, estuvo desacertado hablando de «La mujer en el Quijote». Desacierto supone proferir estas frases: «Y ¿cómo era posible que él (Cervantes) dejara de idealizarla (a la mujer) a la manera del Dante inspirando en Beatriz su «Divina Comedia» o Goëthe su «Fausto» en la dulce inocencia de Margarita; siquiera por exigencias del sujeto de su famoso libro, fuera forzado a realzar a una zafia labradora, exornándola con todo linaje de imaginables perfecciones?»

La «Divina Comedia» y el «Fausto» son obras universales como la de Cervantes, pero de alquitarada fantasía: en aquélla escalamos el cielo, nos asomamos al purgatorio, nos introducimos en el limbo y nos sepultamos en el negro abismo de los infiernos, llevados de la mano por el autor y su amada que saben comunicarnos hasta lo más hondo sus terribles o alegres

sensaciones; en estotra la ciencia del vate subordinada a la emoción que nos produce el contemplar cómo la sabia senectud, que ni es la experiencia ni la sabiduría herida por el arco disparador de la flecha de oro del amor, concierta un pacto monstruoso con Lucifer, a quien vende su alma por volver a ser joven y disfrutar de la pasión de Margarita, querube humano.

En estos dos geniales artistas no hubo más cosa real que el amor. En Cervantes lo verdaderamente fantástico fué la pasión amorosa. Dije de manera bien explícita en el capítulo anterior que su arte colaboraba con la realidad, aunque fantaseara sobre el yelmo de Mambrino, sobre los jaeces, acerca del encanto de Don Quijote y Dulcinea, sobre la bajada a la cueva de Montesinos, acerca de los viajes de caballero y escudero por las tierras del aire y del fuego, sobre la cabeza parlante y sobre otros acontecimientos no menos propios de su numen creador.

Difícil será concebir producciones tan admirables como las primeras y encarnar los hechos más grandilocuentes de la tragedia en conceptos luminosos que en realidad nos deslumbren como los en ellas contenidos; pero mayor dificultad encierra convertir lo deleznable y lo vulgar de las personas y costumbres en un semillero de bellezas morales. Mientras que dos reinas de sin par hermosura caminan en triunfal carroza de oro en conquista de reverdecidos laureles, una viejuca de faz apergaminada y manos temblorosas retorna de la alta cumbre del Ensueño, en posesión del emblema codiciado. Cervantes vilipendiado y zaherido no más pudo tratar a ésta; el acceso al solio real de las dos hermosas le estaba vedado. Ciertamente no fué perdiendo: la Ciencia con su cohorte de palatinos edecanes, la Poesía con su procesional muchedumbre de heraldos y juglares, al verle coronado de laureles por la viejuca, se postraron humildes ante sus plantas de «ingenio lego».

En tanto, Sancho Panza refiere al Cura y al barbero de su lugar cómo estaba Don Quijote haciendo penitencia, «en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea». En tanto, el Caballero de los Leones otorga a la princesa Micomicona lo que ésta demandare, sin daño o mengua del rey, de la patria y de aquella que de su «corazón y libertad tiene la llave».

En tal actitud persisten cuando el escudero manchego aconseja a su amo que se case con la princesa y abandone a Dulcinea, que no llega a la suela del zapato principesco; consejo que causa el enojo de Don Quijote, quien blandiendo el enmohecido lanzón castiga al «bellaco descomulgado» con algún retraso, pues ya vimos antes de la penitencia que no impuso correctivo al vocabulario soez de Sancho.

¡Con qué deleite la Poesía escucha el diálogo del caballero andante y de su escudero, cuando éste, interrogado, da cuenta minuciosa de lo que hacía Dulcinea del Toboso! No la halló ensartando perlas ni bordando con oro de «cañutillo», sino «ahechando» dos hanegas de trigo en un corral de su casa. Los granos, tocados por sus manos, no se convertían en perlas. Don Quijote asegúrale que el rubión ahechado, haríase pan candeal. La carta del enamorado caballero, sin besarla, fué puesta en un costal: acto de discreción, y propósito de «leerla despacio y recrearse con ella». Es interrumpido Sancho y advertido por Don Quijote que no maldice su fortuna, sino que la bendecirá todos los días de su vida por haberle hecho digno de merecer el amor de tan alta señora. También es prevenido de saber bien «a lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído». Sancho llega a declarar que Dulcinea rompió la carta del Caballero de la Triste Figura, pues como no sabía leer quería que no se enterase nadie de ella. Igualmente declara que recibió al despedirse, no una joya de oro, sino un pedazo de pan y queso. La rapidez del viaje al Toboso la achaca Don Quijote a la ayuda del «sabio nigromante» que le protege en sus arduas empresas. El empeño de Sancho es tornar a disuadir a su amo de que se case con la princesa manchega para no perder el casamiento con la Micomicona.

La Ciencia repara en un descuidillo de Cervantes: ahora dice Sancho que temía ser cogido en algún embuste por hablar de Dulcinea sin haberla visto nunca, contradicción manifiesta con lo que en el capítulo anterior dijimos que dijo; mas repara también, alborozada de júbilo, cuando el autor del *Quijote* profundiza en la novela del «Curioso Impertinente» acerca de la castidad en la mujer, castidad que, termina diciendo después de sabias comparaciones, es como la blancura del armiño, el cual atajado y cercado con lodo, «se está quedo y se deja prender y cautivar» por no mancharla.

Poesía y Ciencia suscriben el apóstrofe «¡Oh mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discreción, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y, ultimadamente, idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo!» D. Francisco Rodríguez Marín cuando, más adelante, Don Quijote invoca a la luna como la luminaria de las tres caras que contemplaría cómo su adorada, en reflexiva actitud, proyectara «amansar la tormenta de su cuitado corazón», prestándole «gloria a sus penas, sosiego a su cuidado, vida a su muerte y premio a sus servicios», repara en la evocación de Miguel de Cervantes a aquellas otras invocaciones horacianas a la *diva triformis*.

Ciencia y Poesía como en límpido espejo se hallan retratatadas al correr de las páginas cervantinas, y en este último pasaje, en que casi siente celos el enamorado caballero de Febo, acariciador con sus reflejos brilladores del madrigalesco semblante tobosino, el episodio final de cuando la hija del ventero se finge apasionada de aquél, incítalas a aparecer con sonrisa apicarada.

En esta ocasión se disculpa Don Quijote de la Mancha de no corresponder a dichas amorosas cuitas por tenerle «Amor imposibilitado de poder entregar su voluntad a otra que aquella que en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma». Mas el engaño se verifica por la doncella en tal forma, que el desdichado iluso, aun sin ser perjuro a la fe jurada, concibe que no es engaño, sino encantamiento.

El picarillo sonreir de las dos hermosas reinas da lugar a una sonora carcajada con que celebran el donaire del barbero al profetizarle al ínclito hidalgo su coyunda con Aldonza Lorenzo. «Dará fin al encantamiento ideado por el Cura y maese Nicolás —dice éste— cuando el furibundo león manchado con la blanca paloma tobosina yoguieren en uno», saliendo «a la luz del orbe los bravos cachorros, que imitarán las rampantes garras del valeroso padre.»

Tal profecía enajena de gozo a Don Quijote, quien tendrá «por gloria las penas de su cárcel, por alivio las cadenas que le ciñen, por tálamo dichoso y no duro campo de batalla el lecho en que se acuesta.»

De este modo termina la primera parte de «El Ingenioso Hidalgo», en lo referente a sus castos amores, y aunque Dul-

cinea del Toboso sea satirizada, la viejuca de los laureles de oro de Cervantes muéstrase ufana de que su dilatada experiencia le haya deparado al creador de tan simpático personaje por la senda de las observaciones propias, matorrales erizados de espinos y cardos silvestres, y no por los alcázares de la Ciencia y de la Poesía, páramo inhospitalario de la realidad cuando el visitante no prescinde del oropel de las enfadosas ampulosidades.

IV

Temores del incorregible idealista.—Despedida de Dulcinea.—Intención recóndita de Cervantes.—Cartas de «Belardo a Lucilo».—Los rayos del sol de la belleza.—Descaro y aplomo de Sancho.—Alambicadas filosofías.—De sorpresa en sorpresa: encanto del Bachiller Sansón Carrasco.—El amor ideal.

D. José Fernández Bremón el año 1905 hizo un gran «Estudio del Quijote», contenido en las páginas 120 a 135 del «Album cervantino aragonés», y del caso es advertir, puesto que, considerando las proporciones psicológicas del tipo de Doña Dulcinea del Toboso, he de internarme en la parte más interesante de este trabajo, que anduvo descarriado juzgando la primera parte del *Quijote* la juventud del libro: fresca, juguetona, acometedora, libre, más risueña y poética que la segunda. En ningún particular es así, y menos aún prestando atención a cuanto se relaciona con la figura de Doña Dulcinea del Toboso, que alcanza en la segunda parte el grado culminante de la idealidad.

Pensamos como Bremón que Cervantes en la primera parte venció las dificultades de la exposición de sus creaciones inmortales y presentó los tipos más principales (no todos: el Bachiller Sansón Carrasco, los Duques, Altisidora, D.ª Rodríguez, Ricote, Tirteafuera y Roque Guinart son tan principales como el oidor, el cautivo, la mora, Cardenio, Dorotea, don Fernando, D.ª Clara, etc., etc.), dándoles forma y carácter definitivos; y juzgamos también que hay más reposo en la segunda parte, donde Cervantes escribe con mayor precaución, debido a altas inspiraciones, como las que conjeturamos en *Quién fué el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda*, y

cuya reproducción sería inoportuna en estos instantes; pero, sobre estar dicho extremo bien especificado por cervantistas de gran talla, como Leopoldo Ríus, Menéndez Pelayo, Rodríguez Marín y Adolfo Bonilla San Martín, hemos de rechazar con energía cuanto vaya encaminado a probar la mayor espiritualidad de la primera sobre la segunda parte de *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha:* ésta fué el feliz complemento de aquélla.

Y refiriéndonos a Dulcinea del Toboso, el menos avispado habrá de convenir en ello. La Dulcinea de la segunda parte es la misma sobrepujándose en espiritualidad.

Así ocurre que, informado Don Quijote de haberse impreso una historia suya en la cual se mentaba a Sancho y Dulcinea, llega a suponer que es obra de algún sabio encantador. El temor del hidalgo manchego estribaba en que se «hubiesen tratado sus amores con alguna indecencia, que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso». Lo que más deseaba el invicto manchego era que se le reconociera su fidelidad «y el decoro que siempre la había guardado, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de todas calidades, teniendo a raya los ímpetus de los naturales movimientos».

Cuando el incorregible idealista supo por el Bachiller Sansón Carrasco que sus amores los había presentado platónicos el autor de la historia, Cide Hamete Benengeli, respiró tranquilo, y sin cuidado le tiene el reparo injustificado de Sancho sobre el *don* de Dulcinea. Le es indiferente que lo tenga o no lo tenga.

Para complemento, el Bachiller se compromete a versificar unos *acrósticos* para la despedida imaginativa de Don Quijote y de Doña Dulcinea.

Lejos de mi ánimo estaba el referirme a la intención recóndita de Cervantes; pero forzoso es formular acerca de ella someras apuntaciones. Desde luego que el «Maestro de la Ironía» en aquella centuria como en las posteriores ha dejado en lo que acabo de referir huellas bien frescas de su mordacidad. No caminó *a la defensiva*, como decía el Sr. Fernández Bremón, sino que convirtió la idea en arco, la pluma en flecha, la tinta en ponzoña y el pergamino en campo de Agramante, donde mordieron el polvo aquellas sutilezas de expresión de la «Dorotea», del «Peregrino en su Patria» y de varias obras más

de Lope de Vega, en donde, más o menos veladamente, se traza la silueta de la mujer idolatrada y se pondera los hechizos y seducciones de su amor. Abrid las páginas de estos libros referentes a aquella fiebre abrasadora de vehemencias e impulsos, y comprenderéis las terribles alusiones cervantinas, que son transportadas a la obra magistral en plena efervescencia de sublimidad. Nada importa que se *humoricen* con los rasgos más extraordinarios de lo vulgar y de lo caballeresco ridiculizado: han ganado sobremanera en grandilocuencia y excelsitud.

Una de las páginas hermosas de toda hermosura, y que de otra forma ha sido estudiada en *La Esfera* por D. Benito Pérez Galdós, es cuando Don Quijote va a visitar al Toboso a su señora Dulcinea, con la intención de ser bendecido por esta criatura adorable y «dar felice cima a toda peligrosa aventura». Y tornando a requerir Cervantes el arco, la flecha y la ponzoña, lanza ésta por boca del enamorado caballero, acabando de redondear sus laudables propósitos con estas frases: «porque ninguna cosa de esta vida hace más valientes a los caballeros andantes que verse favorecidos de sus damas».

Las tristemente célebres cartas de *Belardo a Lucilo* (de Lope de Vega al duque de Sessa) y algunos tajos y mandobles que en noches de aventuras amorosas el Mecenas del «Monstruo de naturaleza» hubo de dar y recibir, es lo que se lee sin duda alguna en las frases anteriores; mas leyéndolo, o sin leer, como el personalismo, el ataque injurioso embozado, es flor de un día, es nota de actualidad breve y transitoria, nadie se detiene en averiguar, escudriñar y cotejar cuanto haya de afectar a la «ocupación continua y virtuosa» de Lope, sino que se deleita en los contrastes de lo terreno y de lo inmaterial.

Las bardas del corral de Aldonza Lorenzo, inventadas por Sancho Panza, no son ni serán jamás galerías de regios palacios, en contra del deseo de Don Quijote, que así se las representa para exaltación de sus encantos; pero lo sean o no, como el propio protagonista dice, «cualquier rayo que del sol de su belleza llegue a mis ojos alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazón, de modo que quede único y sin igual en la discreción y en la valentía».

Sancho da fe de lo contrario, de estar el sol nublado, por el polvo que levantaba Dulcinea con estar ahechando el trigo.

Con este aserto es patente la finalidad cervantina: encauzar los hechos y las palabras a la realidad. Además, Sancho miente con gran descaro, y aunque en el caso actual está a punto de perder su aplomo, nuestro parecer se inclina en su derrotero, no vislumbrando verosimilitud en las hipérboles quijotescas. Esto no obstante, la maestría y el arte de Cervantes ensanchan la mente del lector de tal modo, que en ella caben asimismo las fantasías del hidalgo manchego.

- Ya en el Toboso, siendo «media noche por filo», no puede imaginarse una escena más poética, salvando que los perros ladraran furiosos y rebuznara un jumento y gruñeran puercos y maullaran gatos. El alcázar de Aldonza Lorenzo no lo encuentran, y Sancho, desfalleciendo, sin ser creído, confiesa sus embustes, porque así sabe quién es aquella princesa (que tampoco conoce el mozo madrugador que con las dos mulas va con el arado al campo) como «de dar con un puño en el cielo».

Consigue alejar a su amo, el cual se aviene a que Sancho le sirva de heraldo. Se detiene, perplejo, en el camino. Al fin y a la postre, reflexionando sobre la locura de su amo, propónese hacerle creer que es Dulcinea la primera labradora que se echen a la cara. Y en este pasaje sucede lo que le solía ocurrir a Don Quijote de la Mancha: Sancho, maliciosamente, toma a tres labradoras por la princesa, su ama, y dos doncellas, todas tres «resplandecientes como el mismo sol a medio día». Pero el enamorado hidalgo, aunque llega a conformarse con el encantamiento de Dulcinea, no tiene nubes ni cataratas en los ojos.

Cuando Maritornes, creyó y juzgó ideal aquel contrasentido de la naturaleza, que a ámbares le olía; en esta ocasión, al ayudar a la caída labradora, «un olor de ajos crudos» le « atosigó el alma». Viene a ser un episodio de la misma índole burlesca que el de la venta. Con ser notable la «vis cómica» del uno, no es inferior la del otro. En este último, hasta se consigue arrodillar a Alonso Quijada e incitarle a que diga ternezas que resultan festivas por demás. A pesar de todo, el enamorado se revela una vez más como tal, haciendo compatibles el donaire y la fidelidad amante.

Si yo fuera partidario de alambicadas filosofías, me detendría, como he de detenerme un instante, a analizar y sintetizar ambas figuras femeninas, ninguna de las cuales a Dulcinea se

refiere. Maritornes, para mí, encarna en lo imprevisto, que siempre se nos ofrece con un encanto irresistible, aunque más bien que un placer imaginativo hubiera de ser una aberración monstruosa de los sentidos; la carirredonda y chata labradora es el rosal de nívea blancura todo en flor, como lo es la raigambre fecundante de las ilusiones soñadas y nunca vistas del que, cuando una a una va arrancando todas las rosas, advierte que carecen de fragancia, como le suele acontecer a todo lo que no está bien injerto en la flora tropical de nuestras emociones. Lo grande se empequeñece, como el rosal despojado de rosas y fragancias, y lo pequeño puede fructificar esparciendo sus delicados aromas por toda la redondez de la tierra.

Quizás una circunstancia ruin, pequeña, hizo que Cervantes aludiera cruelmente a determinadas personas —sobre esto ya insistiremos *documentalmente* en otro trabajo—, circunstancia que bien pudo ser origen de diversidad de efectos, como así sucedió; efectos que dentro de los verjeles del arte, como ninfas de espiritualidad luminosa y huellas fragantes, nos inducen a soñar despiertos, entregándonos a la voluptuosidad eterna de los pensamientos puros y castos.

Por esta circunstancia el andante caballero ha de dolerse del encanto de Dulcinea, transformada en una zafia labradora, pues nunca «la loca de la casa» está en la opinión de sustentar como hechos ciertos los groseros y extravagantes disfraces del amor cuando éste se oculta a todas las miradas y ha de aherrojarse en la lóbrega cárcel del misterio. El Caballero de la Triste Figura no consiente en que su idolatría permanezca ignorada, y embiste «con la adarga toda fantasía», como dijo Rubén Darío, contra los obstáculos insuperables que se oponen a que los gigantes vencidos por él, «hechos unos bausanes buscando a su señora Dulcinea», vayan a postrarse de hinojos ante su divina presencia.

Sancho, previsor e ingenioso, acata los designios de su amo, aquellos que procuran hacer la experiencia de que los gigantes vencidos «vuelvan a dar cuenta del resultado de su comisión adonde ellos estuvieren, que muy bien pudiera suceder que la desgracia de la transformada Dulcinea no tuviera efecto para aquéllos y sí únicamente para Don Quijote.

De metamorfosis en metamorfosis y de sorpresa en sorpresa, camina nuestro ínclito hidalgo. Un contrincante se le pre-

senta: «El Caballero del Bosque.» Lo sorprendente del caso no es que esté prendado de la hermosura de Casildea de Vandalia, con ser esto muy trascendental, sino su declaración de haber vencido al amante de Aldonza Lorenzo, que pospone a su dama. El Ingenioso Hidalgo se lo explica: uno de sus enemigos, los encantadores que han metamorfoseado a Dulcinea del Toboso, había tomado su propia figura para dejarse vencer. El escarnio lo repara *ipso facto*. Mejor dicho, deja transcurrir la noche: la luz del alba ilumina el bosque y alumbra la gran victoria del heroico manchego. Una nueva amargura le reserva el arte infernal de sus encantadores y perseguidores: «El Caballero de los Espejos» ha sido transformado en el Bachiller Sansón Carrasco; el yelmo desatado así lo delata, y lo testifica el escudero narigudo, que no es otro que Tomé Cecial, compadre de Sancho Panza.

No es bastante aún lo que relatado queda, porque, al volver en sí el vencido, Don Quijote, amenazándole con «la punta desnuda de su espada encima del rostro, le dijo: Muerto sois, caballero, si no confesáis que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza a vuestra Casildea de Vandalia.» Esto, y las demás condiciones que le fueron impuestas, aceptó el caído caballero que, a pesar de su penoso quebranto, contestara con ciertos dejos de ironía. Sin embargo, el derrengado jura tomar venganza.

No concibo que se pueda superar el estro cervantino que, con acentos épicos, narra el anterior sucedido. La locura, la pasión y el brío del dueño de Rocinante se funden en el crisol del idealismo, del cual surgen fantasmas incorpóreos que en volandas y en una carroza de atornasolados fulgores transportan a la sin par Dulcinea, como reina y señora de la concepción genial, con todo el mimo requerido por su amante abnegado. No la llegamos a ver desencatada, sino con verdadero encanto, con el que su intrépido adorador la forja en el referido crisol.

No es de dudar, pues, que hallara el arte de desencantar a Aldonza Lorenzo quien, a su vez, nos la convierte de labradora en Princesa de la Mancha, no obstante haberla visto trastrocada por Sancho con fealdad repugnante, sin la hermosura y gallardía características en ella.

Oportuno, de gran oportunidad, habría de ser, al disponer

de espacio y solaz para ello, profundizar en el particular de si el amor ideal es una jaculatoria de madrigales nimbados de luz y cuyos rayos deslumbrantes se clavan como espadas de fuego en nuestra obscura conciencia. Todo lo hallamos, cuando la idealidad nos conturba y nos conmueve, con luces y con tinieblas. El pasar de las unas a las otras hace sufrir a nuestra retina espiritual, que forzosamente ha de quedar ciega y deslumbrada cuando el torrente de luz inunda hasta lo más íntimo nuestra capacidad mental. Y del incendio, de la sensación terrible que experimentamos, ninguno como Miguel de Cervantes hubo de ofrecer la llama eterna del fuego sagrado, como cuando nos habla con gracejo y sencillez, con retoricismo y poesía, de la princesa de Alonso Quijada convirtiéndola en símbolo perenne de todos los puros amores irradiantes de felicidad.

V

Amorosa plegaria.—Un faldellín en prenda.—Sancho corrobora la locura de su amo.—Sin ojos, sin sol y sin sustento.—Dulcinea no es dama fantástica.—Sufrimientos del cuitado andante.—Burlas de Altisidora.—De pedernal y de miel.—Arde Troya de noche.

DON QUIJOTE DE CUERPO ENTERO

Inimitable de todo punto es la fábula cervantina; cada uno de sus personajes, incopiables; admirables sus descripciones de lugares y personas. Ello fué causa del fracaso del émulo de Cervantes. El retrato de la hermosa Quiteria, que con rasgos goyescos hiciera Sancho, resultando ser una miniatura, no logra igualar al de Dulcinea del Toboso, y diz, amable lector, que, según el mismo caballero manchego declara, no más que ésta podía excederla en belleza.

Lo que con nada resulta comparable es el descenso de Don Quijote a la cueva de Montesinos. Me parece verle aún de hinojos, elevando su corazón al Altísimo y encomendándose a la dama de sus pensamientos en esta forma: «¡Oh señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso! Si es posible que lleguen a tus oídos las plegarias y rogaciones de este tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches; que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo, ahora que tanto lo he menester. Yo voy a despeñarme, a empozarme y a hundirme en el abismo que aquí se me representa, sólo porque conozca el mundo que si tu me favoreces, no habrá imposible a quien yo no acometa y acabe.»

También creo estarle oyendo cuando narra todo lo que le ocurrió en un departamento de la sima, que como amenísimo prado bosqueja, lugar por el cual desfilan varios encantados

de los libros de caballerías, ante su presencia y la del viejo Montesinos, quien, habiéndose permitido la libertad de comparar la hermosura, donaire y brío de doña Belerma con la gran Aldonza Lorenzo y, siendo amonestado por el hidalgo manchego con la prevención de «que toda comparación es odiosa», se retracta diciendo sutilmente: «me bastaba a mí haber entendido, por no sé qué barruntos, que vuesa merced es su caballero, para que me mordiera la lengua antes de compararla sino con el mismo cielo.»

Y juzgo, asimismo, que contemplo saltar y brincar «como cabras» por el amenísimo prado a las tres labradoras encontradas en el Toboso y que, sin conocerlas Montesinos, le parecían señoras principales encantadas, una de las cuales vino a pedirle prestado al Ingenioso Hidalgo, dejando en prenda un faldellín de cotonia nuevo, media docena de reales, o los que tuviere. Real sobre real, estoy viéndole cómo entrega los cuatro que llevaba para dar limosna a los pobres, rechazando la prenda ofrecida en rehenes.

De la sin hueso se va Sancho negando veracidad a este sucedido y reconociendo la falta de juicio de su amo, cuyo historiador se sorprende, como el mismo escudero, de no haber puesto Don Quijote remedio contundente a tales atrevimientos.

Otro nuevo pasaje viene a probarme la fidelidad amorosa del asendereado andante: la estancia de éste en el palacio de los Duques. Ya le conocían por la historia impresa y por tener por señora de su alma a una tal Dulcinea del Toboso. Por esta causa el Duque arguye al insigne amante cuando pondera a la Duquesa como «digna señora de la hermosura, y universal princesa de la cortesía»: —«¡Pasito, mi señor Don Quijote de la Mancha!; que adonde está mi señora doña Dulcinea del Toboso no es razón que se alaben otras fermosuras». Y la Duquesa, por su parte, con gran interés pregunta al ya «Caballero de los Leones» qué nuevas tenía de la reina y señora de su corazón, obteniendo esta respuesta:

—«Señora mía, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin. Gigantes he vencido, y follones y malandrines le he enviado; pero ¿adónde la habían de hallar, si está encantada, y vuélta en la más fea labradora que imaginar se puede?»

Más adelante, renovada esta misma conversación, el Duque

trata de inquirir quién fué el causante de que el mundo llorara tan sensible pérdida. Don Quijote, atribuyéndolo a los encantadores que le persiguen, hace mención de que «quitarle a un caballero andante su dama es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene.» Y agrega: «el caballero andante sin dama es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento y la sombra sin cuerpo de quien se cause.»

Cuando le oponen cortésmente que su dama es dama fantástica, con gran mesura responde que no engendró ni dió a luz a su señora: «hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y, finalmente, alta por linaje, a causa que por la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más grados de perfección que en las hermosas humildemente nacidas.» Cuando le hacen reparos acerca de si el rango social de Dulcinea «no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madásimas, ni con otras de este jaez», de las historias de caballeros andantes, con grave entonación replica el manchego desfacedor de entuertos «que Dulcinea es hija de sus obras»; y cuando la Duquesa, fundándose en la referencia de Sancho pone en duda la alteza linajuda de su amada por el hecho de haber ahechado un costal de trigo rubión, sostiene con gran convicción que percatándose los malignos encantadores «que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que más quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea, por quien yo vivo», no siendo extraño que habiéndosela cambiado a él de figura, hicieran lo propio al entregarla Sancho su epístola.

Como pasatiempo festivo que se relaciona con los amores de Don Quijote he de recordar la filípica del sacerdote de los Duques y la airada defensa que de sí propio hizo el amparador de doncellas, justificándose de ser enamorado, no vicioso, sino platónico, por ser forzoso que los caballeros andantes lo fueren. Tamposo es de olvidar la graciosa cháchara entre la Duquesa y Sancho Panza: aquélla inculpándole de sus embustes respecto de Dulcinea, de seguir al servicio de un loco sabiendo y confesando que lo era su amo; estotro sincerándose y tragándose el encanto, que él forjó de la Princesa de la Mancha, como verdadero.

Mas en donde se manifiesta bien a las claras los sufrimientos del cuitado andante es cuando terminada la cacería con los Duques y encontrándose ya entrada la noche con estos joviales amigos y Sancho Panza en el bosque, después de un estruendo horrísono, de un demonio que le anuncia el desencanto de Aldonza Lorenzo y del acto de presencia de varios encantadores, el sabio Merlín, con el aspecto de la muerte, profetízale que para romper el encanto se precisa que Sancho se dé tres mil trescientos azotes, voluntariamente, sin forzar su voluntad, como se disponía el desgraciado hidalgo.

La controversia que se origina entre el escudero, Don Quijote, el sabio Merlín y el Duque, sin que falten en ella las imprecaciones de la encantada Dulcinea, hasta tanto que se resuelve favorablemente, apelando a ruegos, amenazas y exhortaciones, torturan el ánimo contristado del enamorado hidalgo.

Pero el labrador escudero no cumple su palabra con la premura y eficacia que el caso requiere, como así se lo hace notar la Duquesa. Sancho Panza, que por todo se atemoriza, tiene buenos propósitos de azotarse, mientras tanto que su amo, subido en el caballo de madera relleno de cohetes de fuego, llamado «Clavileño el Alígero», dá fin a la aventura de las dueñas barbadas y de la Condesa Trifaldi. Malambruno, fenecida gloriosamente, en un pergamino incita a Sancho para que cumpla «el escuderil vapuleo» con el fin de que «la blanca paloma» se libre de los «pestíferos girifaltes», dando «en brazos de su querido arrullador».

Partido Sancho al gobierno de la ínsula Barataria, Don Quijote rechaza la proposición de ser vestido por cuatro doncellas, «hermosas como unas flores», que más que flores habrían de ser «espinas» que le punzaran el alma; cuyo propósito aplaude la Duquesa diciendo: «Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero, y los benignos cielos infundan en el corazón de Sancho Panza, nuestro gobernador, un deseo de acabar presto sus disciplinas, para que vuelva a gozar el mundo de la belleza de tan gran señora.»

Reconócelo así Altisidora, doncella de los Duques, propuesta á burlarse del cándido manchego. Acompañada de un arpa re-

cita versos, de los cuales alaban al honesto hidalgo los que siguen:

«Muy bien puede Dulcinea,
Doncella rolliza y sana,
Preciarse de que ha rendido
A una tigre y fiera brava.
Por esto será famosa
Desde Henares a Jarama,
Desde el Tajo a Manzanares,
Desde Pisuerga hasta Arlanza.»

También rechaza Don Quijote la nueva pasión que más epigramática que *doncellil* se le rinde. Cervantes presentándolo grotescamente infatuado y fiel a la memoria de su prometida, coloca en sus labios estas frases admirables: «para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demás soy de pedernal; para ella soy miel, y para vosotras acíbar; para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demás, las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje.» Sin perjuicio de que más tarde, tocando una vihuela, cantara un romance ponderando a Dulcinea y censurando a las doncellas a quienes la ociosidad suele sacar de quicio sus almas.

La venganza de Altisidora, llevada a cabo con estrépito de cencerros y con una verdadera «canalla gatesca» encencerrada que, haciendo presa en la cara y narices del consecuente enamorado, «tan pesada y costosa le saliera», recrudece sus enojos contra los encantadores que le acometen hasta tomando la forma gatuna.

¡Oh desdichado! No mucho después de este acontecimiento un mayor percance le sobreviene «para sobresaltar su honestidad y ponerle en condición de faltar a la fe que guardar debía a su señora Dulcinea del Toboso». Una noche abren con llave la puerta de su aposento. «Púsose en pie sobre la cama —dice el autor de su historia— envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeza, y el rostro y los bigotes vendados: el rostro por los aruños; los bigotes porque no se le desmayasen y cayesen; en el cual traje parecía la más extraordinaria fantasma que se pudiera pensar.»

No es Altisidora quien penetra en el dormitorio; es la señora doña Rodríguez, la cual, «con unas tocas blancas repulga-

das y luengas», que la cubrían de pies a cabeza, como bruja se la representó Don Quijote. La dueña, presa de pánico, al huir precipitadamente, se pisa sus vestiduras y da consigo en tierra, mientras que el hidalgo manchego la conjura poseído de terror. Al fin se ponen al habla, y Don Quijote, receloso, la hace saber que no es «de provecho para nadie, merced a la sin par belleza de Dulcinea del Toboso». Los ánimos respectivos tranquilízanse y la dueña marcha a encender el cabo de vela apagada; pero nuevos temores al hidalgo acometen, y propuesto a no dejarse forzar se lanza del lecho a la puerta en el mismo instante que, retornando la señora doña Rodríguez, echándose atrás, le dice: —¿Estamos seguros, señor caballero? Don Quijote protesta, y ambos se inculpan; porque como dice muy bien el primero ni él es de mármol, ni ella de bronce, ni eran las diez del día, ni el sitio público y sin peligro.

El enamorado manchego es el primero en volverse a tranquilizar diciendo: «yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi continencia y recato, y la que ofrecen esas reverendísimas tocas.» Por tanto, ya departen amigablemente: él acurrucado dentro de la cama y doña Rodríguez sentada en una silla. La cuitada narra su vida y desventuras, implorando el auxilio del caballero andante para vengarla del agravio que el hijo de un riquísimo labrador del Duque, que presta a éste cantidades de dinero, ha inferido a su hija deshonrándola.

Elogiando la belleza de la agraviada mete en danza a la doncella Altisidora y aun a la misma Duquesa, que ocultamente se hallan escuchando, y que al verse escarnecidas penetran como un torbellino que mata instantáneamente la luz de la vela. El dormitorio en tinieblas, una gran azotaina a la dueña, un repetido y fuerte pellizcamiento a Don Quijote, que a puñadas defiéndese, son los detalles más salientes de aquella *troyana quijotería nocturna*.

VI

Punto culminante de esta glosa.—Desenvolturas de Altisidora.—Pancho reservando sus azotes para mejor ocasión.—Don Quijote y su escudero a brazo partido.—Frases admirables.—Inmortalidad.—Nuevas burlas de los Duques.—Altisidora, resucita.—Sancho Panza, resucitador.—Mujer convertida en divinidad.

FIRMEZA INCONMOVIBLE.

El interés que despiertan las aventuras y desventuras de «El Ingenioso Hidalgo» llega al punto culminante con lo que resta por glosar acerca de su acendrada pasión. Cuando los Duque propónense con el lacayo Tosilos hacer befa y escarnio satírico del monomaniaco por los lances caballerescos, Don Quijote, como otras veces, encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, sale a la palestra con gentil continente. Poco le importa que el hijo del labrador, aquel que sedujera a la hija de la dueña Rodríguez, sea transformado en el lacayo Tosilos, pues de sobra conoce que los encantadores ejercen con él todas las males artes, hasta las de azotar y pellizcar en tinieblas; lo que por entero le satisface, más que el acto de rendirse su adversario sin luchar, es el entuerto que deshace a la cuitada doncella. Las reconvenciones, las protestas y los improperios de la madre y de la hija llamándose a engaño, no consiguen que abandone su convicción de que el lacayo Tosilos es el hijo del labrador, como Sansón Carrasco era el Caballero de los Espejos y una zafia labradora el ídolo de su pasión.

Los Duques reniegan, Altisidora se impacienta, la señora doña Rodríguez traga bilis, la doncella se conforma, Sancho se alegra, los espectadores increpan al lacayo Tosilos, éste dispónese a casarse y Don Quijote, sin duda por haberse inspirado en el hechizo de su alma, es librado de un penoso contratiempo.

Un ardite ha de importársele al enamorado manchego que le increpe Altisidora cuando le vea despedirse de los Duques, aunque ataque su honra y conmine a Sancho Panza para que no saque a Dulcinea del Toboso del encanto que sufre, pues ufano camina de haberse mantenido irreductible ante las desenvolturas de la enamorada doncella. Y mientras él se extasía con el recuerdo de la Princesa de la Mancha, el buen Sancho Panza interrógale «qué gala, qué brío, qué donaire, qué rostro, qué cada cosa por sí de estas o todas juntas enamoraron» a la enfurecida doncella.

Valga por lo que valiere, su fama de amante dióla a conocer, como una linda zagala repara, la primera parte de la historia de «El Ingenioso Hidalgo». A otra amiga de la Pastoril Arcadia, dícela aquella: «¿Ves este señor que tenemos delante? Pues hágote saber que es el más valiente, y el más enamorado, y el más comedido que tiene el mundo.» La otra zagala dice a su vez: «También he oído yo decir de su valor y de sus gracias lo mismo que tú me has dicho, y, sobre todo, dicen dél que es el más firme y más leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, a quien en toda España la dan la palma de la hermosura.»

Lástima grande que se niegue Sancho Panza, cuando su amo se lo suplica, a echar las carnes al aire y azotarse con las riendas de Rocinante: el desencanto de Dulcinea con los azotes del temeroso escudero, forzosamente han de reservarse para cuando aquél se encuentre bien sustentado y mejor comido.

¿Sabes, lector, cuándo la indignación de Don Quijote se muestra con extraordinaria pujanza? Cuando llegan a una nueva venta y al través de un «sutil tabique» oye que el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, en la suplantada continuación de su historia, según refiere un caballero llamado D. Juan, lo presenta ante la faz del mundo como desenamorado de la linda perla tobosina. Entonces con acento vibrante profiere estas frases: «Quienquiera que dijera que Don Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar a Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad, porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en Don Quijote puede caber olvido: su blasón es la firmeza y su profesión el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna.»

Hasta tal punto adora a su amada que, insistiendo y persistiendo en la idea del desencanto de Dulcinea, sorprende a Sancho dormido e intenta desatarle las cintas de los gregüescos para propinarle, por lo menos, dos mil azotes, con el propósito de que aquélla no perezca, de que éste no viva en descuido y de que él no muera deseando. Pero el villano, duro de corazón, se rebela contra su propio amo y señor y, luchando a brazo partido, le obliga a desistir de sus pensamientos,

Otro nuevo asalto a su firmeza sufre Don Quijote de la Mancha estando en casa de D. Antonio Moreno. Todo lo más selecto de la ciudad condal había sido invitado a un sarao. El héroe de la fiesta fué Don Quijote, a quien unas damiselas hicieron bailar hasta de coronilla; pero viéndose requebrado por ellas como a hurto y, aunque también como a hurto las desdeñaba, no puede por menos de exclamar ante tan repetido asedio: «*Fugite, partes adversae.* Dejadme en mi sosiego, pensamientos mal venidos. Allá os avenid, señoras, con vuestros deseos, que la que es reina de los míos, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan.»

Por esta circunstancia cuando la cabeza parlante le pronostica que, aunque los azotes de Sancho vayan despacio, «el desencanto de Dulcinea llegará a debida ejecución», se hace cuenta que con este feliz acontecimiento le «vienen de golpe todas las venturas que acertare a desear.»

Ya he llegado a la aventura que más pesadumbre dió a Don Quijote y en la cual alcanzó el grado máximo de abnegación y sacrificio por la hermosura de la mujer amada. Una tarde, en la playa de Barcelona, se le aparece otro caballero andante, el de la Blanca Luna, armado asimismo de punta en blanco. Después de escuchar las hazañas inauditas que éste ha realizado, recoge el guante de desafío que se le lanza. Nunca consentirá que haya quien menosprecie a su dama, cuya vista desengañará de que «no ha habido ni puede haber belleza que con la suya comparar se pueda.» Complacido aceptó las duras condiciones del encuentro, que anticipa con serena frialdad de ánimo. En torno de los combatientes, previa la venia del virey, se agrupan los caballeros barceloneses y gran gentío. Don Quijote, como de costumbre, se encomienda al cielo de todo corazón y a su Dulcinea. El caballero de la Blanca Luna con-

sigue derribarle de Rocinante con fuerza poderosa, y al ponerle la lanza sobre la visera, procura obligarle a confesar las condiciones del desafío.

Entonces el caído, el maltrecho, el que habla como un muerto dentro de su tumba, lega a la posteridad unas frases admirables: «Dulcinea es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra.» Estoy por asegurar, y ya lo comprobaré más adelante, que ni Amadís de Gaula, ni Tirante, ni Palmerín de Inglaterra, ni ningún otro caballero andante hubieran sobrepujado al inmortal manchego. Así lo reconoce, sin duda, el de la Blanca Luna, que le hace gracia de la vida y aun por complemento declara: «Viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que sólo me contento con que el gran Don Quijote se retire a su lugar un año, o hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en batalla.

El bachiller Sansón Carrasco, que tal era en realidad de verdad el vencedor, no pudo tomar el desquite apetecido. En este acto, ejecutado con cruel premeditación, satisfizo su venganza en parte: él, cuando fué vencido, convino, para no perder la vida, que Casilda de Vandalia era menos hermosa que Dulcinea del Toboso. De suponer que hubiera estado prendido en la llama de algún amor que la historia del enamorado manchego no menciona, préstase su incompleto triunfo a deducciones amarguísimas: el hombre cuerdo habría de parecer que, debiendo ser más abnegado, propende en mayor grado a la satisfacción de las conveniencias particulares. ¿Acaso es un loco quien atropella el sentido común con sus heroicidades y levanta del polvo en que está postrado el ideal más puro, más noble y más henchido de sublimidad? El vencimiento del hidalgo caballero, pese a la tristeza que le causa y al derrumbamiento moral de todas sus ilusiones en flor, es el mayor triunfo que un titán pudiera obtener. Si la materia no disponía de la suficiente fibra de resistencia y su fragilidad era manifiesta, el espíritu quijotesco fué forjado en el yunque de la inmortalidad.

Cabizbajo camina y son sus intenciones las de hacer la vida de pastor; pero en el fondo de sus pesadumbres, todo negrura,

surge de continuo la radiante figura de sus éxtasis amorosos. Cuando recuerda a la doncella Altisidora, la gratitud inspira sus frases y, no obstante dolerse de no haber correspondido a los obsequios de aquélla, se ratifica en su anterior conducta, lamentándose al propio tiempo del encanto de Dulcinea y de la desidia de Sancho.

El bachiller Sansón Carrasco, que antes de encontrar de nuevo a Don Quijote había trabado conocimiento con los Duques, tan amigos de mofarse del andante caballero, de regreso de Barceloua informa a éstos de las consecuencias del combate y retorna a su aldea. ¡Desdichado Don Quijote! Después de ser, como Sancho, hollado por una piara de cerdos, le aguarda una sorpresa más desagradable: diez jinetes y cuatro o cinco peones, amenazándole de muerte con sus lanzas, lo cercan a él y a su escudero y los llevan al palacio de los Duques. En el patio y en un túmulo, yace muerta la doncella Altisidora. Obligan a ambos al mayor silencio. Los Duques y dos Reyes, Radamanto y Minos, presencian la fúnebre escena. Un hermoso mancebo vestido a lo romano declara, al son de un arpa y de unas estancias, que la muerta lo está por la crueldad de Don Quijote. Uno de los Reyes ordena que grandes y chicos manoseen el rostro de Sancho y alfilereen sus brazos y lomos para que la doncella recobre la vida. Protesta Sancho; mas la orden se cumple y se hace extensiva hasta el punto de que todas las dueñas del castillo le sellan los mofletes con mamonas. Altisidora, por fin, resucita, y Don Quijote quiere convencer a Sancho de que se azote para llevar a efecto el desencanto de Dulcinea. Es inútil; el escudero no ha quedado para hacer por la presente más favores.

La noche de este suceso, la misma Altisidora penetra en el dormitorio de amo y escudero, y como quiera que el hidalgo manchego está cada vez más firme en sus amores dulcinescos, dícele enojada: «¡Vive el Señor, don bacallao, alma de almirez, cuesco de dátil, más terco y duro que villano rogado cuando tiene la suya sobre el hilo, que si arremeto a vos, que os tengo de sacar los ojos! ¿Pensáis por ventura, don vencido y don molido a palos, que yo me he muerto por vos? Todo lo que habéis visto esta noche ha sido fingido; que no soy yo mujer que por semejantes camellos había de dejar que me doliese un negro de la uña, cuanto más morirme.»

Don Quijote no participa de esta opinión; antes bien, aconseja más tarde a los Duques el medio más conveniente para que la doncella se cure de la pasión amorosa que por él siente. Se despide de los Duques y se aleja pensativo y alegre por lo sucedido. Mucho idolatra a su Dulcinea, para cuyo desencanto ofrece con palabras melífluas un buen puñado de reales a Sancho, y aun llega a doblar la paga cuando el socarrón escudero con ayes que parten el alma, amparado por la obscuridad de la noche, vapulea de firme a una encina; mucho idolatra a su Dulcinea, que como pastora fingida sería «gloria de estas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires y, finalmente, sujeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza por hipérbole que sea»; mucho la idolatra, pero la vanidad que con locura o sin ella siempre nos ciega, le oprime su espíritu con dulce sensación.

Unicamente cuando enferma de gravedad y de sus ojos del alma cae la venda que los cubría, el demente vuelto a su juicio, abomina tan sólo de los libros de caballerías y, estimando que todo fueron burlas, por sus labios, florecidos de sentencias, no asoma ninguna palabra de reproche para la mujer que su bondad y grandeza de espíritu convirtieron en divinidad.

VII

Humorismo inglés.—Los italianos fuera de la realidad.—«Al margen de los libros viejos.»—El estro de la fábula genial y los alemanes.—D. Benito Pérez Galdós y el Toboso.—Basilio y Quiteria: sus dramáticos amores.—Dulcinea vista por Jules Lemaitre.—Vivir locos y morir cuerdos.

LA EMPERATRIZ DEL MUNDO

Según he podido notar, la alta representación del idealismo quedó sin comparecer en escena bajo la figura grandiosa de Aldonza Lorenzo, no por el designio de Miguel de Cervantes Saavedra, sino por las insuperables dificultades que precisaba vencer. Tal vez sea lo cierto que habiéndose propuesto el hijo de Alcalá hacer escarnio de alguna pasión ridícula de alguno de sus contemporáneos, bien fuera Lope de Vega, bien fuera el Duque de Sessa, o ambos a la par, y conseguido su propósito en parte con la publicación de la primera de «El Ingenioso Hidalgo», se abstuviera de presentar en la segunda a Dulcinea alcanzada a fuerza de brazos por haber sido llamado al orden por el autor del falso «Quijote». Más aun: Cervantes mismo, concediendo a su obra magna cierta importancia, revela en el Prólogo de la segunda parte que «Persiles y Segismunda» era la obra de sus amores, cuyas entretejidas y complicadas peripecias le desvelaban más que las locas proezas del armado manchego, a un tiempo enamorado castísimo e inconmovible a otros amores que no fueran los suyos.

He de dar crédito, confirmar y suscribir las palabras que el más docto de nuestros eruditos cervantistas, D. Francisco Rodríguez Marín, hubo de lanzar en ocasión de ser vencido Don Quijote por el Caballero de la Blanca Luna y de hallarse Sancho todo apesadumbrado por aquel suceso que le pareció que «pasaba en sueños»: «Esta fría jocosidad de jugar del vo-

cablo *deslocado* o *dislocado*, en el momento mismo en que, vencido el nobilísimo Don Quijote, acaba de preferir la muerte a la confesión que se le exigia, demuestra que para no ver en él lás sublimidades que vemos ahora, Cervantes fué uno de tantos hombres de su tiempo.» En efecto: estando en conformidad con el parecido de Cervantes y Colón y con que no profundizaron bien sus invenciones ambos genios, compruebo que su fin primordial era satirizar con sátira realista y palpable, sin que pudiera desprenderse de la tutela del arte que transformaba el epigrama en una nota de color de vibrante sensibilidad.

Esto es muy propio del humorismo inglés, y merced a esta circunstancia D. Juan Bowle, con su labor de benedictino, supo compaginar de modo sublime el espíritu burlón de Miguel de Cervantes con la delicadeza extremada de la Emperatriz de la Mancha.

No tanto acierto tuvieron los italianos, quienes a pesar de que el nativo lenguaje pudiera facilitarles su tarea con la sonoridad y cadencia de los apasionamientos románticos del caballero, no supieron traducir bien la realidad, tal como la viera y contemplara el «Manco de Lepanto».

Los franceses, entre ellos Viardot y Florian, aventajaron a los italianos, no obstante sus deficientes traducciones. El espíritu galo préstase a profundizar con alada fortuna en el erótico carácter del caballero andante. Jules Lemaitre, de la Academia Francesa, es quien ha escrito «Al margen de los libros viejos», en estos tiempos, un estudio bellísimo sobre Dulcinea del Toboso, y del cual habré de ocuparme con cierta extensión.

Los demás europeos, entre los que más se destacan los alemanes con sus pacientísimos trabajos literarios, no han revelado asimilarse mejor que los anteriores el estro de la fábula genial.

Pero de todos los comentadores pueden recogerse frases de admiración y encomio hacia la protagonista de la obra. No es aventurado, por tanto, que D. Benito Pérez Galdós, hablando de las «Ciudades Viejas» y de «El Toboso», dijera «que al entrar en esta que Cervantes llamó *gran ciudad*», sintiera emoción indescriptible. «Sin haber ocurrido nunca nada histórico en este pueblo —agregaba—, los extranjeros, que con la mayor indiferencia se encogen de hombros al oir hablar de otros

lugares pequeños de España, preguntados por el Toboso, responderán: «¡Oh, el Toboso! La patria de Dulcinea, la metrópoli del ideal más hermoso que vieron los siglos, la suma perfección femenina que mueve al hombre a colosales empresas.»

No es así como está retratada en la obra maestra de Cervantes, pues más ideales y más poéticas que Aldonza Lorenzo son aquellos capullos fragantes de idealidad que en sus lindos pétalos llevan escritos por la magia cervantina los nombres de la inocente niña Clara, de la candorosa hurí del cautivo y de la cautivadora hija de Ricote. Son capullos que se abren lánguida y deliciosamente ante las primeras caricias del céfiro amante y arrullador, y, sin embargo, no dan lugar más que a rápidas emociones de sublimidad: embalsaman las hojas de la novela inmortal y huyen de nuestra vista, que queda absorbida por las andanzas del caballero enamorado.

Tampoco de modo perenne reclaman nuestra atención los dramáticos amores de Basilio y Quiteria, otra de las figuras femeninas hermosamente idealizada. Y es que aun siendo fantasía hecha realidad, son meros episodios de la novela inmortal este pasaje como los anteriores.

A buen seguro que Cervantes *emplebeyizó* con Aldonza Lorenzo la heroína de los libros de caballerías y rebajó el aspecto hermoso de la mujer amada procurando que el mismo Don Quijote nos la presentara con la pesada indumentaria de la ironía, sobre todo en la primera parte de la obra; pero tuvo el gran acierto de encarnar en la realidad el símbolo más patético de la constancia. Estamos los humanos tan sedientos de firmeza, que nos hechiza el ver cómo un anciano aparta de su lado lo bajo y despreciable de la materia para esculpir con su abnegación un verdadero monumento a la poesía del sentimiento. Aun ridiculizando lo grotesco del personaje y lo infundado de sus pensamientos, en pie queda siempre como victorioso emblema el busto esplendente de Dulcinea del Toboso.

Convengo, como Jules Lemaitre, en que la labradora supiera por la mujer de Sancho Panza que era la dama de los pensamientos amorosos de «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha» y que éste, después de defender a los perjudicados injustamente, obligara a reconocer en ella a la emperatriz de la Mancha. Convengo en que la recatada y despierta doncella se hiciera leer los libros de caballerías, y en que no fuera tan

tonta que se desvaneciera de orgullo por haber sido elegida dama del pobre loco, de aquel cuya locura era la de un hombre honrado. Convengo en la entrevista imaginaria del hidalgo con Dulcinea, en que ésta le pide que ponga al servicio de los débiles no solamente fuerza y valor, sino el maravilloso ingenio con que le dotara el cielo, ya que convencida está de ser imposible más cuerda petición. Convengo en que el hidalgo manchego no cumpliera lo prometido y sí Dulcinea, que pide un compás de espera a un pretendiente; porque el caballero dió rienda suelta a sus extravagancias y la doncella a su ternura. Y también convengo en que Dulcinea, cuando Don Quijote agoniza recobrado el juicio, escucha que todo fueron locuras, que su dulzura le hubiera curado de la misma manera que moría satisfecho por prestarse la bondadosa doncella a recoger su postrer suspiro.

Pero Dulcinea del Toboso representa mucho más que todo esto, haciendo abstracción de los sentidos, que nunca permanecen mudos ante la grandeza de la concepción amorosa: es, como dije al principio, mitad símbolo y mitad encarnación genial. Completo no es el símbolo por dos razones: la primera, porque no la vemos en persona a Aldonza Lorenzo, ni de ella se nos cuentan episodios conmovedores de su vida, requisitos que tanto contribuyen a enaltecer la semblanza moral de lo que se trata de sublimar; la segunda, porque el Amor, pese a todos los infolios filosóficos y a todas las páginas de las novelas más profundas, tan sólo habla por boca de Don Quijote, y cada uno de los que le interpretamos, aun apreciando los estados psicológicos del hidalgo manchego, nos le figuramos de opuesta manera y le trastrocamos una y mil veces a medida que nuestras andanzas impregnan el espíritu de añoranzas o amarguras, de ansias y esperanzas, de tormentos e inquietudes, de ensueños y delicias... Asimismo la encarnación del genio queda a mitad del camino que debe recorrer. Incompleta no lo está, pues la realidad palpitante de expresión se brinda bajo dos aspectos con gran espontaneidad. Sin embargo de admitir que las más de las veces al arriesgarnos a proclamar en alta voz lo más íntimo de nuestro fuero interno como el arca sacrosanta de la poesía es frecuente que tropecemos con alguna zafia labradora o que recibamos una nube de palos, injurias y denuestos cuando el norte de nuestras acciones a despo-

jarnos de impurezas tiende, no cabe dudar que nuestra resignación y nuestra fortaleza de ánimo, aun siendo tan flacos de cuerpo como Alonso Quijano, «el Bueno», endulza nuestras amarguras, mitiga nuestras tribulaciones, dilata nuestros placeres y acorta nuestras pesadumbres. Mas no columbramos, ni en lontananza siquiera, cuál es la verdadera consecuencia filosófica que el ideal puro y abstracto encierra. Estemos o no en nuestro juicio —que también es otro arduo problema por resolver—, ¿hay posibilidad de conquistar, guiados, no de la mano del niño ciego, el Amor, sino de la fina y delicada diestra de las tres Gracias, un edén de felicidad en la tierra? Yo así lo creo; y Cervantes, aunque no lo creyera y desplegara a todas luces los policromos matices de sus donaires, aun sin proponérselo, tal consecuencia impuso a la consideración de los siglos venideros. Ahora bien; la encarnación genial no resulta fragmentaria, y, sin embargo, ¿quién deslinda hasta lo infinito el verdadero significado?

Hay momentos en que deduzco que una pequeña causa puede ser un gran efecto, y viceversa. Yo concibo que lo primero y lo segundo anidó en el genio cervantino: lo primero, para declarar que, al enamorarse el protagonista de su obra maravillosa de una mujer que ni sabía escribir, y poner los medios de asaetearle a mansalva con el ridículo, supo engrandecerlo moralmente para inculcarnos, contra su parecer, la idea de que hasta lo pequeño y lo insignificante logran agigantarse inesperadamente ante nuestra vista y ante la de los extraños; lo segundo, para revelar que la pasión caballeresca no retrocede ante nimias consideraciones de que si la mujer amada podría compartir nuestros desvelos y encauzar nuestra dicha con la suya, pensando como uno piensa y sintiendo como uno siente, aunque el pensar y el sentir, por una parte, sean de torpe naturaleza, y por la otra, de opuesta condición. Esto es lo que hay que averiguar, dentro de las pequeñas y grandes causas y de los grandes y pequeños efectos. ¿Cabría extender el radio de acción de quien, atropellando por todo, a más del yelmo de Mambrino, atributo mayestático, y de la adarga toda fantasía, pudiera llevar por divisa: La grandeza y excelsitud del Amor, obedeciendo a una causa pequeña es sobrehumana, e inspirándose en la propia ternura confunde lo grotesco y lo ridículo con lo sublime y lo patético?

Lord Byron podría imputar a Cervantes que quiso herir de muerte la idea del honor exaltado hasta sus últimos límites en los libros de caballerías; pero, prescindiendo de exoterismos, más adaptados a la finalidad cervantina, ¿por qué no juzgar que la realidad es de baja estirpe; nuestros amores, locuras; nuestros deseos, gigantes encantadores; nuestros infortunios, pasajeros, y nuestras Aldonzas, las emperatrices del mundo? Si individualmente, si colectivamente, si mundialmente ocurren tales cosas, como en las aventuras y desventuras de Don Quijote de la Mancha, convirtiendo lo grande en pequeño y lo pequeño en grande, pongamos nuestras miras en vivir locos y en morir cuerdos con tal que el símbolo del Amor y la encarnación genial de la constancia, huyendo de la presencia soez de las efímeras cosas reales y estampando sus huellas fragantes en la ruta de la Fantasía, nos recuerden siempre, aunque no sea más que a medias, que debemos proclamar que Dulcinea del Toboso es la indiscutible emperatriz del mundo

VIII

Los análisis acerca de Dulcinea.—Tomos segundo y tercero de la «Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra», de Leopoldo Rius y Llosellas.—Disparidad de criterios.—Sembrando cizaña.—Huracanes y tempestades en almas mezquinas.—Absorción infame.—La punible actitud de los necios e indiferentes.—Panacea universal.

RESUMEN Y JUICIO CRÍTICO

Aun precisa que me detenga por breves instantes ante las huellas luminosas del genio cervantino, considerando a la ligera los análisis llevados a cabo sobre Dulcinea del Toboso. Muchos, innumerables habrían de ser, como han sido, los comentarios que acerca de «La Emperatriz del Mundo» se promovieran, y nunca serían bastantes ni definitivos para que nos adueñáramos de la estructura espiritual de Aldonza Lorenzo, desligada de la factura maravillosa del escritor alcalaíno. Juzgo y entiendo que se debe repudiar cualquier otro maridaje que no trate de la belleza moral de la protagonista, y, por lo tanto, nunca será *bien observada* Dulcinea sin arte, aunque la adornen y alhajen con todas las galas de la *filosofía política* y con todas las joyas de la *retórica sectaria*. El Arte brilla como el sol en el cénit sin los relumbrones de los fuegos fatuos de los comités de cualquier distrito y sin la pirotecnia detonante de los demagogos a ultranza.

Pero con todo, y como mi objetivo es dar la voz de alerta a los que no estudien a conciencia los análisis a que vengo haciendo referencia, sepan los lectores que no lo supieren o los que proyectaren profundizar más en la materia, mucho más, infinitamente más de lo que yo profundizaré, que en los volúmenes segundo y tercero de la «Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra», del insigne cervan-

tista Leopolde Ríus y Llosellas, encontrarán un arsenal de noticias, que a los profanos revelan hasta qué punto puede dar margen a los mayores atrevimientos y a las más extrañas interpretaciones la excelsitud cervantiniana y las miras interesadas de los pseudos artistas, que a la misma «Lámpara de Aladino» le colocan por pantalla todo lo más estrambótico y ajeno al arte.

Como cada cual tiene su manera de pensar, de ahí proviene la disparidad de criterios que se observa en las citas acerca de la Emperatriz tobosina en varias de las páginas de los tomos antes mencionados, cuando la independencia de juicio es sana y bien orientada. Reasumiré, pues, algunas opiniones, entremezclando lo amargo con lo dulce.

Nicolás Díaz de Benjumea, como dijo Ríus con gran exactitud en la página 165 del tomo II de su obra monumental, se dedicó a *comentar el espíritu* de la sorprendente novela, y desde el nombre de Aldonza, que casi como Alonsa lo asocia al mombre de «El Ingenioso Hidalgo» para objetivar y amalgamar en aquélla la razón de éste, desdeñando el parecer acertado de Covarrubias, contemporáneo de Cervantes, que dijo era Aldonça nombre compuesto de *al* y *donça*, corrupción de *dolçe*, habiéndose llamado Dolze la hija de Gilberto, Conde de la Provenza, hasta la tesis que formula encarnando en la singular heroína ideas de redención social, hubo de mostrar su espíritu inquieto, mal encauzado a pesar de sus prolongadas vigilias.

Me voy a permitir, como paréntesis, cuatro palabras. *Fígaro*, Mariano José de Larra, escribió, con aquella intención cáustica que le caracterizaba, un artículo: «De la sátira y de los satíricos», que la experiencia propia de modo cumplido hame demostrado su evidencia. En él decía, después que hizo desfilar ante sí a Aristófanes, ridiculizador de Sócrates; a Cátulo, a Tíbulo, a Marcial, a Cicerón, a Virgilio, a Horacio, a Boileau, a Regnard, a Molière, a Juvenal, a Addison, a Ferney, a Góngora, a Cervantes, a Quevedo, a Jovellanos, a Forner, a Moratín, que «Molière era el hombre más triste de su siglo, y entre nosotros difícilmente pudiéramos citar a Moratín como un modelo de alegría». Desde el Arcipreste de Hita con el «Libro del buen Amor», hasta el propio *Fígaro*, Luis Taboada y Mariano de Cávia, cada cual en su género, la tristeza y la sátira todo es uno. La preocupación de la tristeza, que a todos fiel-

mente nos acompaña transcurridos los años risueños de la adolescencia y de la juventud primera, nos incita de modo inconsciente a la reflexión, así como la sátira, que es el estudio más o menos detenido de acciones o sucedidos ajenos, nos incita a meditar. Se compenetran tristeza y reflexión. La correspondiente afinidad estriba en que ninguna de ellas queda relegada al olvido por la otra, hasta el punto de que la reflexión da lugar a la tristeza, y viceversa. Por la vida de Cervantes, al corriente nos hallamos de que las horas del «Manco de Lepanto» fueron bien amargas, y no es cosa de enumerarlas. De aquí dimana que un poderoso intelecto como el suyo, reconcentrado en sí mismo, con tristeza o con sátiras que él calificó de donaires cuando estaba

«con el pie en el estribo»,

en las ansias de la muerte, a la perfección expresara en Dulcinea, como ha observado Fitzmaurice Kelly, lo sublime de lo ideal, inculcando con la naturalidad y sencillez en él peculiares el «blando idealismo» de que nos hablara D. Marcelino Menéndez y Pelayo, crítico de críticos, en la Real Academia Española el 29 de Mayo de 1904 en su discurso de contestación a D. José María Asensio.

Desde luego que Cervantes hizo una revolución tal y como la hizo notar el eximio santanderino, coincidiendo con D. Manuel de la Revilla, en sus «Interpretaciones del Quijote»; persiguiendo el propósito de flagelar «con todas las armas de su piadosa ironía, mezclada de indulgencia y amor, y por lo mismo irresistible», el «falso y liviano concepto de la mujer erigida en ídolo deleznable de un culto sacrílego e imposible», atendiendo a la idealidad en Dulcinea y a la realidad en Maritornes. Además, deduzco yo que su puntería más directamente aun iría encaminada contra cierta dama *que no sabía escribir*. ¿Cómo iba el ingenio complutense a ejercitarse en hacer blanco de sus epigramas a las instituciones, a los poderes públicos, al Duque de Lerma o a la familia reinante o que reinó con anterioridad, viéndose favorecido por el Ilmo. Sr. D. Bernardino Sandoval de Rojas, Inquisidor general, y por el Conde de Lemos, Virrey de Nápoles, ambos parientes del valido del Monarca?

Emilio Chasles, muy acertado, asegura que Cervantes «pe-

netró en el secreto de las almas femeninas», y los personajes todos de sus obras así lo acreditan, todos marcados con el sello indeleble de la época; la exaltación y la impetuosidad en ocasiones a rienda suelta y sin freno, frecuentes veces transmitiéndose con embriaguez insuperable los acentos más elocuentes de un «tuyo hasta la muerte». Aquel escritor francés halla en Don Quijote, en Sancho Panza y en Aldonza Lorenzo personificaciones y simbolismos de caracteres universales y bien definidos.

Hartzenbusch, también acertado (en este particular, pues en otros erró bastante), ha disertado sobre las alusiones que encierra el nombre de Dulcinea. José María Asensio y Cervantes Peredo, discerniendo el sentido oculto del «Quijote», han rebatido con claridad meridiana los distingos de Benjumea.

Adolfo de Castro, en «Varias obras inéditas de Cervantes», fué quien primeramente aportó curiosos pormenores acerca del apellido del Toboso, que el último y más docto anotador de «El Ingenioso Hidalgo», Sr. Rodríguez Marín, ha ampliado en su edición crítica.

Polinous, Benigno Pallol, sembrando cizaña con el triángulo masónico por norte, con sofismas de baja estofa, en Dulcinea descubre a nuestra querida España cargada de laureles. Tal aserto, inofensivo al parecer, más bien que una glosa de anhelos patrios es una propaganda librepensadora, rodeada de conceptos engañosos de felicidad terrena. Y nada mejor que verse colmados de honores y riquezas, al sentir de Pallol, para ser completamente felices. Yo aplaudiría, prescindiendo de intenciones recónditas, el que cada patriota erigiese un altar en su corazón para ofrendar de anhelos puros y santos a su Dios, a su Patria y a su dama; lo que no aplaudiré nunca es que se perore hasta desgañitarse haciendo alarde de libre albedrío cuando tan supeditado se halla nuestro ánimo al *mens divinior*, al encanto del terruño y al hechizo de unas frases balbucientes. El compás, aunque sea un atributo societario cuanto extendido, no sirve ni habrá de servir para medir kilómetros y kilómetros, leguas y leguas; el de la humana inteligencia es más reducido aún para abarcar el espacio infinito de la Eternidad.

Por esta circunstancia los que manejan las distancias con embarazo se quedan a flor de tierra, como les ocurre a Pallol,

Villegas y otros varios, no desentrañando en Dulcinea más que lo puramente humano. Pero hay quienes, como D. César Moreno García, suponen que, por obra y gracia del aliento espiritual que a todos nos transforman de prácticos en idealistas, Aldonza Lorenzo fué reencarnada en la sin par Dulcinea.

Esto concierta con lo que de Cervantes pensaba Mayans, del cual copiaría su opinión Chasles: el que el autor del «Quijote» *escribió las cosas del amor aguda y filosóficamente*. D. Vicente de los Ríos abarcó mayor *espacio sensible* con las tres circunstancias distintas que hizo concurrir, o que reconoció que concurrieron en Dulcinea: la perfección, como ideal; la complacencia, como labradora bien parecida, y la jocosidad y alegría por la transformación que de ella hizo Sancho.

Sin cuidado se nos tiene que Randon Brown conjeturase que Dulcinea era del Duque de Lerma *una consorte de la mano izquierda*; que Cárlos Coello se la representara como la Libertad; que Ramón León Máinez la personificase en la Verdad, confundiendo lo natural con lo verdadero; que la Condesa de Pardo Bazán haya sostenido en sus recientes conferencias en el «Ateneo científico y literario», de Madrid, que «el amor de Dulcinea y la misma Dulcinea fueran ideas delirantes»; que Pinheiro Chagas alejara de sí la suposición de que Cervantes encarnara en los protagonistas de su obra inmortal espíritu, materia y sabiduría; que Antonio Opisso dedujese que fuera Dulcinea una alegoría de decepciones; que Paul de Saint-Victor la juzgase como una dama fantástica sin la vida grosera; que Abraham Gotthelf Kästner conjeturara que Don Quijote buscase, como en efecto buscaba, el granjear para su adorado tormento «la gloria de llamarse la más hermosa de las hermosas», conociendola bien poco; que Augusto Vacquerie definiera la locura de Don Quijote diciendo *que tenía los cascos llenos de Dulcineas*; que Karl Frenzel se interrogase: «¿a quién no se le convirtió su Dulcinea del Toboso en un ser vulgar?»; que Octavio Lacroix dijera que la sátira contra los libros de caballerías redúcese a lo real, en abierta rebelión contra el idealismo; que Nicolás Díaz de Benjumea observase que Casildea, la dama del Caballero de los Espejos, es el ideal del fanatismo y Dulcinea el símbolo de la luz, y que José Fernández Espino analizara que Dulcinea es una creación trascendental, si bien burlesca y ocasionada a donaires.

Un bledo se nos puede importar los juicios contradictorios y las predicaciones nefandas con tal que Nicolás de Paso y Delgado convengan que el enfermizo caletre del hidalgo manchego rechaza, como mistificación, que se materialice Dulcinea, *ilusión de su fantasía*, en la Aldonza Lorenzo, sin pero alguno en salud y recato; con tal que Eduardo de Cortázar, aludiendo a los conceptos altamente filosóficos del cantor de «La Vida del Cielo», equipare a Don Quijote amando a Dulcinea con el erótico lirismo de Petrarca; con tal que Roque Barcia, Javier Soravilla, Motteux y varios más escritores, penetrados de la alta espiritualidad y de la soberana poesía del Amor, estén persuadidos de que todos tenemos, o encontramos, nuestra Dulcinea; con tal que Emilio Castelar, afiligranando con su florido estilo los platónicos amores del Caballero de los Leones, elogie los hechos y andanzas medioevales que éste en honor de su dama, «más alta que las duquesas y condesas del mundo», ejecutaba con gentil continente y con ánimo esforzado; con tal que Saint-Denis de Saint-Evremond y Ludwing Braunfels aplaudan como otros muchos el que Don Quijote, fiel a la memoria dulcinesca, nunca deje de encomendarse a Dios y a su dama en los trances apurados; con tal que José de Castro y Serrano se asocie al parecer del cuitado desfacedor de agravios y sostenga que Dulcinea convertida en labradora humilde tan solo desprende fragancias delicadas de ámbares y ambrosía, por no ser superado ni asemejado su amor con otro alguno del mundo; con tal que Ivan Tourgueneff exhale un suspiro de satisfacción para expresar dulcemente que Don Quijote ama a Dulcinea y está pronto a morir por ella como muchos «que han muerto por una Dulcinea que no existía sino en forma de una realidad basta, en la cual habían ellos encarnado su ideal»; con tal que A. J. Duffiel, con la sorpresa de las reminiscencias caballerescas y amorosas *impresas* en la obra sublime, compare a Don Quijote con el Cid Campeador y a Dulcinea con D.ª Jimena de Gormaz; con tal que Marcelo Millet, «a través del maravilloso prisma del ensueño», represente a Dulcinea como «toda la gloria de nuestra pobre vida humana», y con tal que la leyenda se perpetúe con aureola tan resplandeciente como la que los franceses hubieron de estampar en el Toboso, patria de Dulcinea, confraternizando con sus moradores cuando nuestra guerra de la Independencia por los deliciosos recuerdos que con-

servaban de la «Biblia del Buen Humor» y de su principal heroína, según refirieron Walter Scott y Rocca.

Dando de lado que la pasión hacia Dulcinea no fué «invención pura, sino representación verdadera llevada hasta la exageración cómica», como insinuó Antonio Cánovas del Castillo, la única interpretación de Dulcinea que no puedo disculpar en modo alguno, porque por su gravedad no admite paliativos ni atenuaciones, refiérese a la que sustentó Walter Savage Landor. Este supuso, según refiere Leopoldo Ríus en la pagina 236 del tomo II de su «Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra», y puede comprobarse en la «Vida de Cervantes» («Life of Cervantes») de Jaime Fitzmaurice-Kelly, en donde puede hallarse el pasaje entero contenido en «Conversaciones imaginarias de dos literatos hombres de estado» («Imaginary conversations of literary men and statesmen»), que «Cervantes en Dulcinea quiso encubiertamente ridiculizar a la Inmaculada Virgen».

Los huracanes y tempestades promovidos en almas mezquinas al contacto de los dos polos opuestos, la soberbia y la ignorancia, llegan hasta el punto de fulminar como rayos de destrucción los que surgen de la pluma de Savage Landor con todos los relámpagos del horror y con todas las centellas del apocalipsis: «En todo el Don Quijote» se conmina con la muerte a los que no afirmen las perfecciones de Dulcinea, de la Inmaculada.

Ríus conjeturaba que «tanto desbarrar era a sabiendas.» ¿Quién lo pondrá en duda? ¡Qué triste condición la del que por su cerebro absorbe todos los miasmas de la letrina y todas las pestilencias de la infamia! El derecho a la crítica, y a la crítica de una novela que por su sátira dentro de lo idealista es real y dentro del realismo es la concepción más esplendorosa del Parthenon griego, debe restringirse y limitarse. dentro de las manipulaciones reflexivas, que para algunos son verdaderas concreciones de irreligiosidad, a la tesis puramente literaria. ¿Qué razón le ampara y socorre al muerto dentro de su tumba, como le acontece al Príncipe de los Ingenios Españoles, para que sus cenizas no sirvan de ludibrio a los réprobos y maldicientes? La misma que hollan y ultrajan los enemigos de la Fe: la santidad de la conciencia, que reclama atención en esta forma: Si sois Luzbeles y queréis enrojecer vuestros

espíritus con el fuego del infierno, dejad en paz una tumba donde yace un cristiano que ya habrá sido juzgado por sus pecados como hombre, el cual a algún espíritu, *alma en pena por sus pasados y ciegos extravíos*, bien pudiera oirle que sus adláteres por sí propios carecían, como carecen en efecto, del ingenio necesario para recurrir a menos solapados procedimientos, combatiendo a la religión por medios de distingos más filosóficos o teológicos.

Aquella punible actitud de los necios aporta la no menos punible de los indiferentes en religión; porque si no hubiese indiferencia hubiera quedado ya marcada una línea divisoria entre la crítica sana y los comentarios de charlatanes de plazuela sin escrúpulos de conciencia. Y así como los que hacen la propaganda de un específico que sirve de panacea universal para todos los males habidos y por haber, en cuanto notan que el círculo de sus oyentes no da muestras de sugestión depositando en la bandeja circulante el óbolo ansiado, ponen pies en polvorosa y toman las de Villadiego, de igual forma los descreídos cambiarían de lugares y acabarían por declararse en quiebra.

Y con el Quijote, sentando jurisprudencia con la creación admirable de Dulcinea, panacea universal de todo idealismo noble, puro y santo enfermo de anhelos, aun en contra de la sátira punzante de su creador, solamente cabe interpretar: Primero: Cervantes aventajó, como dijo Clemencín y han repetido otros cervantistas, a sus antecesores, no necesitando de la ayuda de los falsos dioses del Olimpo ni el concurso de encantadores, sabios y nigromantes. Segundo: Cervantes con la palanca de la locura, como también dijo el mismo Clemencín y han repetido, no tan literariamente, aunque sí con el tecnicismo de conceptos de la ciencia médica, Antonio Hernández de Morejón, Cayetano del Toro, Joaquín Olmedilla y Puig, José Gómez Ocaña, Molist y Pi, más algún otro médico que no recuerdo, removió los cimientos del alcázar de los imposibles y como en un cuento de hadas a la inversa, convirtió a la princesita en labradora, al socarrón en creyente, al estudiante en pastor, al rico en pobre, al feliz en desgraciado, al bandido en filósofo, al ventero en castellano, al corchete en sabio encantador, al mocito galán en mozo de mulas, a una dueña en bruja, a unos lacayos en dueñas barbadas, etc., etc. Tercero:

UNIV. OF CALIFORNIA

Cervantes, con un acto tan naturalísimo como el de dormir, prestó gran verosimilitud a lo que de otra forma sería difícil admitir que hubiera sucedido a Don Quijote en la cueva de Montesinos, aunque los que escucharen sus referencias no se convencieran de que en tan corto espacio de tiempo hubieran pasado tantas peripecias. Cuarto y último: Cervantes logró enamorar a un hombre flaco de cuerpo, maduro de juicio, tímido hasta entonces de carácter, y, merced a esta pasión que se santifica con los más nobles impulsos, merced al sedimento de los libros de caballerías, merced a la falta de juicio, tan lucido y sereno cuando se trataba de cosas ajenas a sus monomanías, más que ramalazos de locura, más que épicas hazañas y más que desbordamientos de ternezas impone la sátira y el donaire, la sentencia y la agudeza, el giro de lenguaje arcaico del hidalgo y la rusticidad del escudero como el basamento en que se esculpe la gigantesca y deslumbradora figura de «La Emperatriz del mundo», como panacea universal para los que faltos de fuerzas desmayan, viejos de espíritu matan sus ideales, y manteniéndose cuerdos no vislumbran allá en lontananza la seducción de una boca que sonríe, de unos ojos que miran enternecidos y de una frente tan pura y casta como la más nívea de las azucenas, cuya fragancia penetrante a los cuatro vientos exhala.

INDICE

Págs.

I.—Antecedentes 5

II.—Cuerpo y alma 11

III.—La viejuca de los laureles de oro de Cervantes 17

IV.—Prosa y Poesía 25

V.—Don Quijote de cuerpo entero 31

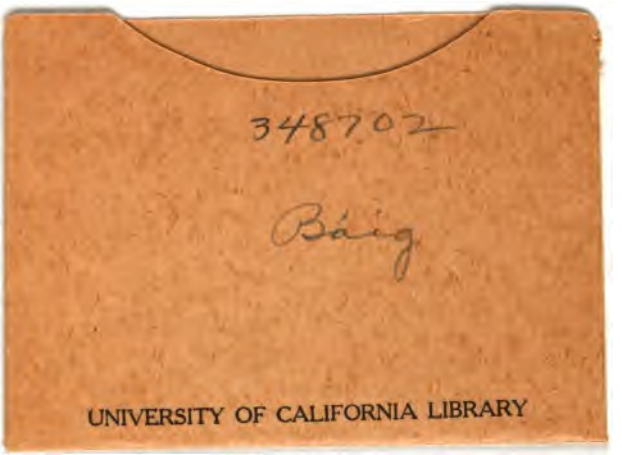
VI.—Firmeza inconmovible 37

VII.—La Emperatriz del mundo 43

VIII.—Resumen y juicio crítico 49

Acabóse de imprimir este folleto
en la Imprenta del Asilo de
Huérfanos del Sagrado
Corazón de Jesús el
dia 10 de Abril
de 1916.

YC 67577



Obras cervantinas del mismo autor.

El Indice del «Quijote». (Discurso humorístico).—Madrid, 1912.—Precio: 0,50 pesetas.

Un folleto raro cervantófono. (Artículo de crítica literaria, publicado separadamente en la revista agustiniana *España y América* el 15 de Mayo de 1913.)—Madrid, igual año.—(A punto de agotarse.)—Precio: 1,50 pesetas.

Miscelánea cervantina. (Crítica esboza la desde la «Bibliografía crítica de las obras de Cervantes hasta el año 1910»).—Berlín, 1913. (Agotada.)

Quién fué el Licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda. Ensayo sobre la estructura espiritual del falso *Quijote*. Religiosidad de Cervantes.—Madrid, 1915.—Precio: en rústica, 4 pesetas; en tela, 5.

Historia del Retrato auténtico de Cervantes. Transcripción y comento de congruencias e incongruencias.—Madrid, 1916.—Precio: 3 pesetas.

La Emperatriz del mundo. Estudio sobre Dulcinea del Toboso.—Madrid, 1916.—Precio: 1,50 pesetas.

En prensa.

Rodríguez Marín, documentador cervantino.

En preparación.

Varios folletos y conferencias cervantinas.

Cervantinecología.

Qué debe ser el cervantista. Selección de lecturas.

Cuatro palabras acerca de la Tía fingida.